

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



LOS TRANSITORIOS

Juan Angulo

LOS TRANSITORIOS



Primera edición: junio de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Angulo

ISBN: 978-84-127000-4-6

ISBN digital: 978-84-127000-5-3

Depósito legal: M-19823-2023

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

Para Mariano y Magdalena

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra



**Universidad
Andrés Bello**

En octubre de 2022, el jurado del **I Concurso de Novela Negra Puerto Negro**, organizado por la **Universidad Andrés Bello** y compuesto por los escritores argentinos **María Inés Krimer** y **Carlos Salem** y los chilenos **Ramón Díaz Etérovic** y **Paula Ilabaca**, proclamó ganadora por unanimidad a la obra *Los Transitorios*, del autor chileno **Juan Angulo**.

PRÓLOGO

Para un sello literario joven y nacido con la vocación de acortar distancias entre las literaturas negras de distintos países de un mismo idioma, es un placer publicar el primer ganador del Concurso Internacional de Novela Negra Puerto Negro, al que auguramos larga vida. Así mismo, hay que destacar la voluntad de la Universidad Andrés Bello, para que las obras ganadoras trasciendan del ámbito natural de difusión, al garantizar que se publiquen simultáneamente en Chile y en España.

La cantidad de obras presentadas (más de 150), provenientes de diecisiete países, dan cuenta de esa necesidad de crear puentes de palabras que burlen cualquier otra distancia.

El jurado, del que tuve el honor de formar parte, destacó el alto nivel de la mayoría de las obras presentadas al concurso, lo que supuso un arduo trabajo hasta hallar un ganador y un destacado número de finalistas con excelentes novelas. Asimismo, hay que valorar la variedad temática de los textos presentados, que recorren un amplio espectro dentro del género, desde la novela negra más clásica hasta novelas de corte más experimental en lo narrativo.

Con respecto a la obra ganadora, Luis Valenzuela, académico de Licenciatura en Letras UNAB y miembro del comité organizador, destacó que se trata de «una novela bien escri-

ta, entretenida y convincente respecto a lo que cuenta y el modo de hacerlo, además de presentar personajes entrañables y complejos».

El ganador, Juan Angulo, recalcó que su intención fue mostrar Talcahuano como una ciudad reconocible por su literatura y agregó que «el impulso de romper la centralización y mostrar que hay más ciudades que Santiago en Chile, hace que siempre quiera habitar Talcahuano en mis historias». Aunque la obra es de ficción, el texto está «lleno de anécdotas que viví o escuché en el puerto; de personajes imaginarios, pero que encajan bien con la ciudad».

Los Transitorios

La novela de Angulo transcurre, como se ha dicho, en la ciudad chilena de Talcahuano, un escenario de puerto, brumas y personajes que hacen lo que sea para sobrevivir, con la certeza de estar de paso o ser prescindibles dentro de un esquema criminal que copia en ocasiones el espíritu de usar y tirar que rige en otros ámbitos de la sociedad, quizás menos delictivos en apariencia, pero igual de implacables.

El autor pone el foco en Lalo, un joven que se marchó de Talcahuano para buscar una vida mejor y al que un breve regreso a todo lo que quiso dejar atrás, lo aboca a vivir en un entorno del que siempre quiso escapar.

Algo tan banal y tremendo como la muerte casi accidental de un padre al que odiaba con motivos sobrados, lo obliga a pagar las deudas de su progenitor con un grupo de delincuentes en el que sin querer comienza a encajar más de lo que le gustaría.

Con personajes sólidos y a menudo entrañables, diálogos ágiles y creíbles, y la sensación contagiosa del protagonista

de no ser dueño de su destino, *Los Transitorios* mete al lector dentro de un submundo donde nada brilla y hasta los delitos cometidos tienen ese poso de realidad que les quita, afortunadamente, el supuesto romanticismo que en otros textos se adjudica a los bajos fondos.

En un mundo en el que la traición está al orden del día, *Los Transitorios* solo pueden salvarse cuando toman conciencia de serlo. En un entorno en el que cualquier sentimiento supone una debilidad, la amistad es un lujo muy caro que solo pueden permitirse los que ya no tienen nada que perder.

Como es habitual en el sello Real Noir cuando se publican novelas de autoras y autores en español originarios de otros países, nos abstenemos por voluntad de realizar «traducciones» que restarían fuerza a la narración solo para ahorrarle al lector el simple trabajo de comprender por el contexto alguna palabra que no le resulte familiar, pero lo será de inmediato. Por la misma voluntad, evitamos las notas al pie de página para aclarar alguna que otra expresión. Creemos que la calidad literaria de los escritos, en un mundo global como el nuestro, hace innecesario subestimar al lector.

Como hemos dicho, esta novela transcurre en un lugar concreto de un país concreto, pero podría ocurrir en muchos otros puertos y muchas otras ciudades que miran al mar pero nunca logran ver el horizonte. *Los Transitorios* se lee sin necesidad de aclaraciones, se disfruta de inmediato porque atrapa su ritmo lento y vertiginoso a la vez. Es imposible, al terminar de leer este libro (da igual cual sea el papel que uno desempeña en la sociedad, el trabajo y la posición económica que ostente), no preguntarnos hasta qué punto no somos todos un poco —o muy— transitorios.

CARLOS SALEM

Cuando fui muchacho debí aprender eso,
pero había otras cosas que aprender,
como eso de seguir viviendo.

RAFAEL BERNAL

El complot mongol

Llevamos la oscuridad en nosotros.
La muerte ya está en el cuerpo, mientras
vivimos. Somos seres transitorios.

EVA MEIJER

FUTURO

Lalo entra al living y busca la mesa de los copetes. Se sirve un vaso de vino que se le rebalsa. Con el vaso en los labios mira a su alrededor. Intenta identificar quién anda cargado. Piensa que sabe cuál es el coronel y cree sin dudas que anda jalado. Se abre la puerta que da a la calle y a Lalo el corazón le retumba como el bombo de la Kaña Brava después de un gol.

La imagen de un viejo canoso, al que le sujetan un paraguas sobre la cabeza, le resulta a Lalo como un palo en la nuca después de haberse fumado el mejor pito de la noche. Siente el vino que se le cae por la comisura de los labios y entrecierra los ojos, intentando ver más allá del fragmento de calle oscura que deja a la vista la puerta entreabierta.

Ni en su imaginación puede ver a Tormento o Malentretado entrando. Tomando por sorpresa a todos los rancios que lo rodean. «Algo anda mal —se dice Lalo y en tono de western, pasándose películas, riéndose de su tragedia, piensa—: la caballería no va a llegar».

El Gringo Tuerto alisa los hombros de la chaqueta del viejo canoso. Señala a Lalo. El viejo asiente y estira la trompa, como un puchero. Lalo cree por un segundo que es lástima lo que muestra ese gesto, pero de inmediato entiende que el viejo está satisfecho.

La puerta se cierra y la última ráfaga de aire helado que entra hace temblar a Lalo. Le recuerda que pronto, quizás, en un juego de 50 a 50, podría no volver a sentir nunca más.

Pero ahora siente. Y lo hace con euforia, con un río de lava que le quema los sentidos y sentimientos. Sobre todo, siente preocupación. Preocupación por dejar a su tía Nelly tirada, por Tormento y Malentretido que no aparecen, por Juana que va a ejecutar el «plan A» sola, sin respaldo, un suicidio. También siente arrepentimiento, angustia, impotencia. Todo por dejarse engatusar por el Gringo Tuerto. «Quizás si se hubiese escapado, quizás si no hubiese sido tan huevón, quizás sí, no, no hay quizás», piensa.

Otro río amenaza salir del interior de Lalo. Él lucha por contenerlo, que las lágrimas no manchen su cara y la conviertan en la máscara de un cobarde. No les quiere dar ese gusto, al menos no ese. Lo cagaron, le vieron la cara, pero no va a llorar, no va a suplicar.

En la mezcla de sentimientos aflora la rabia. Aprieta el vaso y piensa que se lo podría reventar en la cabeza al Gringo Tuerto y si tuviera suerte, si le diera fuerte, a un costado, podrías ser, que...

Un golpe en el codo lo hace volver. El Turco le pide fuego. Lalo le pasa su encendedor y lo ve alejarse, expulsando el humo y diciendo: «Mansas apuestas hoy». Lalo no sabe si lo dice en tono burlón o como consuelo. Un consuelo inútil en todo caso. Porque le importan tres hectáreas de pico que por su vida o muerte estos viejos culiados hayan apostado más que otras veces. Quiere gritar, encararlos, escupirles en la cara lo que están haciendo. Aprieta el vaso de nuevo; necesita romperlo contra el suelo o contra la jeta del huevón que aparezca. Siente que no cabe más miedo y rabia en su cuerpo, pero las

conversaciones, los salud, las risas, siguen a su alrededor como si Lalo no existiera. Y está en eso, pensando en lo cruel del mercado de la carne, de los fiambre, pensando por quién empezar, cuando el Gringo Tuerto le dice al oído: «Falta poco, cabrito, aprovecha de ir al baño».

El Gringo con sus palabras le pinchó toda la rabia, la sed de alguna ínfima justicia a Lalo, porque este entendió que al Gringo no le va ni le viene si Lalo se muere o vive, le importa más que no se cague y se mee tanto si se pega un balazo.

PRIMERA PARTE

1

La mañana transporta la fragancia de la harina de pescado. El sol permanece escondido detrás de las nubes y de las chimeneas de las fábricas. Parado fuera del terminal, Lalo mira en 180 grados: una pareja de vagabundos duerme en la vereda, con un perro negro y una caja de vino a los pies; al frente, una lancha amarilla rompe el mar y comienza la faena; algunos fieles se dirigen a los cultos del domingo con una guitarra al hombro. Lalo se mueve despacio por la calle Valdivia. Lleva un polerón con gorro y una parka negra encima: los seis años trabajando en el norte le hicieron perder la resistencia al frío.

La mezcla de sonidos —una bandada de gaviotas, los buses, las olas rompiendo contra el malecón de Blanco Encalada—, lo conducen a la niñez, al viejo de mierda, a su mamá. Varias cuadras más adelante, después del cementerio 1, dobla a la izquierda y, dos cuadras después, ya está frente a su casa. En realidad, esa ya no es su casa, es donde vivió cuando era chico. A los 18 se fue a hacer el servicio militar para escapar del viejo de mierda. Como todos los años, en los últimos días del verano, Lalo regresa para asistir a la misa en recuerdo de su mamá. Nunca se queda más de dos o tres días. La reja no tiene puerta, la pintura de la fachada, café claro, está descascarada y los hongos allá y acá ganan espacio. Es la casa más desgastada de la cuadra. Lalo suspira, aprieta un puño y tira un escupo

al suelo. Golpea la puerta. No tiene respuesta. Grita el nombre del viejo de mierda: Gilberto. Murmura: viejo de mierda. Vuelve a golpear. Deja el bolso en el suelo, lo abre y empieza a revolver su ropa. Encuentra dos llaves. Una es de la puerta de la reja que ya no existe. La otra, se supone, abre la entrada principal. Solo espera que no haya cambiado la chapa.

Finalmente abre. Lo recibe, como una cachetada, el olor a cigarro y vino. El viejo duerme en el sillón. Lalo pasa hasta la que era su pieza. Hay olor a humedad; parece que la pieza la abren solo para tirar basura. Una frazada, utilizada como cortina, impide que entre la luz. Puede distinguir una cama sin sábanas, ropa sucia en el suelo, dos sillas de plástico y un espejo roto. Se acuesta, cierra los ojos; recuerda el velorio y el funeral de su mamá. Murió hace ocho años por una neumonía que no se cuidó a tiempo. Su tía Nelly estuvo siempre a su lado en el velorio. El viejo de mierda apareció cada día, un rato. Al cementerio llegó curado. Cuando lo escuchó decir: «Con esto no trabajo más, la Ester me dejó salvado», sus amigos tuvieron que sujetarlo para que no le pegara.

Lalo va hasta la cocina. Enciende el hervidor y lava un tazón. Por suerte hay café y azúcar. Busca comida. El refrigerador está vacío. En la despensa solo hay latas de jurel. Mira su celular: son las 7:17. En poco más de dos horas comienza la misa. Va hasta el living. Sobre la mesa de centro hay varios vasos con restos de vino, un cenicero lleno de colillas y un revólver. Lalo mira todo a su alrededor. Piensa: «¡en qué chucha anda metido este huevón!». Ve todo igual que siempre. Cubierto de polvo y desgatado. Incluyendo una figura de San Sebastián que mira todo desde arriba de una repisa y a la que Lalo le sostiene la mirada. Aleja un poco el revólver. Golpea los pies del viejo de mierda con una patada suave. Dice:

—¿Vai a la misa? —no hay respuesta. Deja el tazón en la mesa de centro. Le vuelve a pegar en los pies al viejo de mierda—. ¿Vai...? —una duda en forma de aclaración o esperanza lo hace callar: ¿será de fogueo? —va a tomar el revólver de la mesa. La voz del viejo, como si fuera una advertencia le hace retroceder:

—Llegaste —tiene la boca morada por el vino. Se cruza de brazos y sube los pies a la mesa de centro—. No te quiero en la noche acá. Tengo visitas.

—Me devuelvo en la tarde. Cúrate tranquilo.

—Eso voy a hacer. Anda a hinchar a otro lado.

—¿Y ese revólver?

—No te metai. Déjame dormir.

—Tení la casa pal pico —Lalo se agacha para recoger el tazón. Antes que lo pueda tomar, el viejo de mierda se levanta, agarra el revólver y le apunta—: ¡No te metai te dije!

Lalo retrocede. Tiene los ojos muy abiertos, la saliva se le acumula en la comisura de los labios. Dice con voz débil:

—Iba a tomar mi café. Ahí está.

La frente de Gilberto está cruzada por venas gruesas. La mano que sostiene el revólver le tiembla.

—¡Ándate, mamón culiao! —al hablar le saltan gotas de saliva.

—Oye...

—Es mi casa. Huacho conchetumadre.

Gilberto aprieta el gatillo una, dos, tres, cuatro veces. No pasa nada, parece una escena en pause. Lalo suspira. El viejo de mierda le tira el revólver. Lalo lo esquiva. Gilberto se le va encima, lo empuja contra la repisa. Lalo siente una puntada en su espalda, mira hacia atrás y toma la figura de San Sebastián. Con la base le da un golpe seco en la cabeza.

La base gotea sangre, como si se tratara de un milagro. El viejo de mierda está tirado en el suelo. Lalo se acerca a mirarlo. Deja caer a San Sebastián. Se toca la espalda en busca de la herida: no la encuentra. Gilberto permanece con los ojos muy abiertos, como si una gata hidráulica le sostuviera los párpados. De su cabeza brota sangre que se mezcla con el polvo del suelo y forman un río turbio y caliente.